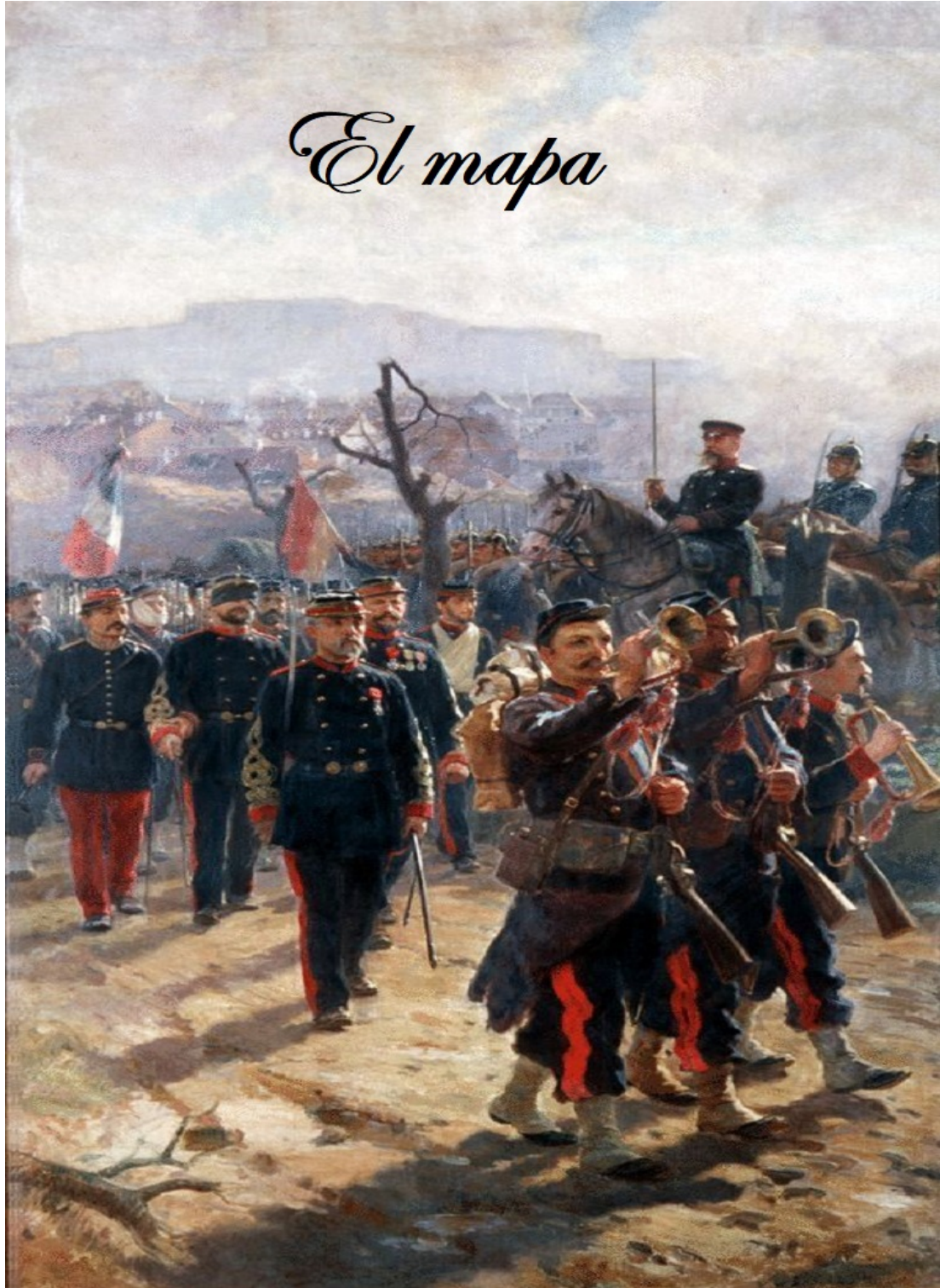


# El mapa

Luisina Giorgetti



# Capítulo 1

La noche era clara y tranquila, como todas las que precedían a una batalla. Los pálidos rayos de la luna se reflejaban en las aguas que movían la embarcación en un ligero vaivén, mientras el General estudiaba los mapas en el camarote del Capitán.

Los pergaminos, algunos rotos en las esquinas, estaban enrollados y esparcidos a los lados de la mesa. Todos a excepción de uno. Encima de la superficie de madera se hallaba el más largo y ancho del montón, exhibiendo una representación bastante acertada del terreno que pisarían en una semana. Lugar en el que muchos morirían.

El General, vestido con su traje impecable, se encorvaba sobre el mapa cambiando de lugar las piezas talladas y pulidas de los dos bandos. Las claras para los suyos; las oscuras para el enemigo. Armaba y desarmaba las formaciones a cada minuto y, cuando encontraba una que le convencía, comenzaba la secuencia de guerra solo para frustrarse a la mitad y empezar de nuevo.

Hubiera estado así toda la noche, meciéndose con las olas, sintiendo el roce de la brisa contra las velas emparchadas, oyendo los graznidos de las gaviotas al amanecer mientras varios tripulantes se acercan a la borda para orinar o incluso alimentar a los peces con la cena de la noche anterior. Mas no iba a renunciar a sus convicciones. Tenía la clara imagen de un campo verde bañado de cadáveres, muchos de los suyos pero la mayoría enemigos; una bandera blanca que le rogaba misericordia; su tropa lanzando vítores, incluyendo a los heridos; el reconocimiento y la ceremonia que haría el rey en su honor por haber puesto fin a la guerra. Era una imagen tan nítida que casi se confundía con la realidad; solo era cuestión de tiempo. No. No renunciaría a sus expectativas.

Las manecillas del reloj ya habían completado varias veces su ciclo cuando un barullo proveniente de la cubierta interrumpió el avance de la caballería. Un hombre entró en el camarote dando un portazo, seguido por otro de menor estatura que trataba de contenerlo.

- ¿Qué significa esto?

El General se irguió levantando la barbilla, posición que siempre adoptaba frente a su tropa como señal de autoridad.

- ¡Usted está loco! ¡No sabe lo que hace! - dijo el intruso que se retorció para librarse de las manos de su compañero.

- Basta Poole. Estas borracho, déjate de estupideces.

Poole se debatió con más fuerza. De no ser por su contextura flaca y sus reflejos entumecidos, hubiera tirado a su captor de un empujón.

- ¡Nos está condenando a todos!

- ¡No toleraré semejante insolencia! - dijo el General con las aletas de la nariz dilatadas y los ojos encendidos.

Los hombres de la tripulación se fueron congregando alrededor de la puerta a medida que las acusaciones de Poole se hacían más audibles. El Capitán se abrió paso entre los torsos peludos, algunos con tatuajes de sirenas que se arreglaban el cabello dejando al descubierto sus pechos y calaveras que sostenían dagas entre los dientes, y entró en su camarote pero sin acercarse a interrumpir. Más allá, en tierra firme, los demás soldados dormían en la medida que el frío y las heridas se lo permitían.

- ¡Necio! Si quitara los ojos de esos papeles de mierda y saliera de su mundito imaginario se daría cuenta de que esto es un suicidio. La realidad es que no tenemos los números, apenas hay comida, la mitad de los hombres está enferma, y usted quiere enviarnos al mismísimo infierno. Está tan concentrado en lo que cree que pasará que no vive en la realidad ¡Está ciego!

Nadie emitía un sonido aparte de las olas egoístas que chocaban con descaro el casco del barco lleno de percebes. La tripulación pasaba la mirada de uno a otro, apostando al tiempo que tardaría el General en cortarle la cabeza al pobre infeliz.

- Mis hermanos murieron por usted pero yo no pienso ser su títe... ¡Suéltame!

Poole se debatía con más fuerza pero su compañero lo tenía bien sujeto con los brazos en la espalda.

- ¡SUFICIENTE! Llévenlo a la mazmorra.

Uno de los marinos tomó a Poole por el otro brazo y, junto al captor original, lo llevaron a las frías y húmedas celdas mientras pataleaba tratando de zafarse.

Cuando el sol brillaba en el cielo matutino el General, aún rojo de rabia, dio la orden y tres soldados fusilaron a Poole frente a toda la tropa, incluidos los marinos. Un tiro en el pecho; otro en el pómulo derecho; y otro, el letal, entre los ojos. Nadie podía insultar a la autoridad, mucho

menos cuestionarla.

El mapa que había sostenido las piezas dormía enrollado sobre el terreno que representaba, cubierto de sangre. A varios metros de distancia, las colinas de soldados muertos deformaban el paisaje, agregando ríos rojos y tripas que parecían serpientes reptando. El General aferraba su sable con una mano y oprimía su abdomen con la otra, allí donde estaba el agujero que provocó su muerte. La guerra había terminado.